

de de España en tiempo oportuno; luego serás Clavero mayor de Santiago, y de allí pasarás á la corona. — Grano á grano hinche la gallina el papo, dijo Sancho: si para ser rey no tengo sino que matar algunos gigantes, desde aquí pueden mis vasallos saludarme de Alteza.

— Ahora entro yo, dijo á su vez D. Benedicto Rochafriada. ¿En qué quedamos respecto de la merced que al Sr. D. Quijote tengo pedida? — Hermano advenedizo, respondió D. Quijote, ¿estáis cierto de lo que debe ser, *luce meridiana clarior est*, para exigir en razón de ello actos extraordinarios y aun sacrificios de quienes no os conocen? Desde luego conviene saber si de veras sois casado; en seguida es preciso ver si los antojos de vuestra esposa provienen de la enfermedad sublime que constituye á la mujer madre del género humano, ó son veleidades y regodeos de dueña antojadiza, cuyo gusto es atormentar y arruinar á su marido. Por último, conviene resolver si los antojos no satisfechos ocasionan el parto prematuro. ¿Creéis vos que si vuestra mujer amanece un día con gana de comerse el Ave Fénix, estáis obligados á ir por la posta á la Arabia Feliz? — Hasta mañana, hermano Benedicto, dijo el escudero. Vuesa merced sabe que de Dios nos viene el bien y de las abejas la miel. Nada es imposible en este mundo: allá lo veremos todo cuando el sol nos amanezca. — Si cumplís tan buenas intenciones, respondió D. Benedicto, Dios os lo pague; si no, os lo demande.» Y haciendo la medida con la rodilla á D. Quijote, salió sin añadir otra cosa. Tiróse á la puerta Sancho Panza, echó la llave, apagó la luz, volvió á tuestas á su cama, y quedó dormido.



## CAPITULO XXXIX

DE CÓMO SE ARMÓ PARA EL TORNEO EL FAMOSO CABALLERO DE LA MANCHA

Las nueve serían de la mañana cuando se oyó en el patio del castillo un gran tropel de caballos cuyas herraduras hacían en el empedrado marcial y alegre ruido. Eran los reciénvenidos ocho ó diez mancebos que acudían al torneo de D. Alejo de Mayorga, jóvenes de esos en quienes está hirviendo la sangre, capaces de acometer la conquista del imperio del Catay, puesto que el fruto de la victoria sea una Angélica. Ninguno de los campeadores llega á los treinta años, andando como andan todos entre los veinte y los veinticinco, edad en que las pasiones descuellan y se levantan en forma de lenguas de fuego, consumiendo lo que tocan con ese dulce corrosivo que en la locura de los verdes años se suele llamar felicidad. D. Quijote salió como un brazo de mar y saludó á los estudiantes, inquiriendo con la vista cuál pudiera ser Pedro de Brecemonte, cuál Juan de Merlo, cuál el Señor de Bouropag, y así los otros caballeros á quienes pensaba mandar vencidos á presentarse á su señora Dulcinea del Toboso, como prendas vivas y testigos intachables de sus altos fechos y grandes caballerías. Pero á quien más buscó fué al rey Gradaso, porque tenía jurado desde muy atrás quitarle la espada Durindana, para lo cual era resolución en él pasar á la isla de Lipadusa, si faltaba aquel circaso á las justas del castillo. Andaba el caballero pompeándose entre la retozona muchedumbre, cuando sus pecados hi-



cieron que se le fuese el botón, cordón, gafete, ó lo que haya sido, con que se atacaba las calzas, si no eran más bien agujetas. Flojo y desvencijado, se escabulló con menos tono y se fué á su aposento á ver de remediar la avería. Halló en él por fortuna á su escudero, á quien dijo: «¿Tienes un con qué peguemos este maldito corchete que ha esperado el mejor instante para irse? Encomendada sea al diablo la holgura que nos ofrece este desgracioso vestido con el que los pueblos cristianos han querido desfigurarse. En esto de comodidad y elegancia los turcos valen más que nosotros, y de buena gana dejara yo este feo aparejo por el hermoso manto de los árabes. ¿Por qué, noramala, nuestros padres, que todo lo tomaron de los romanos, desdijeron tanto de ellos en el traje y la compostura, tan nobles entre los antiguos, como varoniles y oportunos? Mira el casacón de armas imperial, llamado paludamento, cuánta gracia y majestad comunica á la persona del monarca: el manto de púrpura de los generales, cuando éstos lo tercián elegantemente por debajo del brazo: el laticlave de los senadores y magistrados, esa túnica magnífica cruzada por una banda de grana en la cual resplandecen gruesos nudos de hilo de oro. El péplum, hijo, el péplum, ese vestido admirable que concilia á las damas presencia y majestad de emperatrices. Todo tan amplio, tan garboso, tan señorial, que aun á la vista es ése el pueblo rey. Y nosotros metidos en estos veleros menguados, con botoncitos, ojalitos y otras jarcias ridículas. ¿Qué hubiera sido de mí ahora ha poco, si así como hacía de persona particular me viera en el furor de la batalla, ó asido con una dama en un baile de corte? Malditos sean mil veces los inventores de los gregüescos, y llévenme á la moda en la cual nada había que ajustara ni se arrancara. ¿Tienes, digo, un con qué se pegue este demonio?

— Si las hilas y el ingüente, respondió Sancho, no han de faltar en las alforjas, hebra trae el advertido en donde puede.» Y diciendo esto sacó de su boina, gorra ó chapeo, que no lo sabe distinguir el historiador, si bien está por sospechar que lo que traía Sancho en la cabeza era caperuza; sacó, digo, un agujón

enorme, especie de sacafilásticas que asombró á D. Quijote. «¡Bendito seas!, dijo el hidalgo: en caso necesario este instrumento te podría servir de arma ofensiva y mangonear de espadín, si no de espada. Oye, Sancho, no me digas *ingüente*, y manos á la obra, que según entiendo, debo ya proceder á revestir las armas para el torneo. ¿Eres curioso en esto del pegar y el remendar? — En manos está el pandero que lo sabrán bien tañer, respondió Sancho: despójese vuesa merced de esos buenos gregüescos y verá si entiendo ó no del arte. — No es cosa, replicó D. Quijote, de ponerse á sacárselos en este instante, que poco más ó menos es de apuro. Llégate á mí y ve cómo te amaños á la operación, y despacha. — Soy del parecer, dijo Sancho, que la obra es imposible si no se me ponen en las manos esas buenas calzas. — Sea como quieres,» respondió D. Quijote. Y desenvainando esas pernezuelas, quedó el más bello de los mortales, al tiempo que una reverenda dueña, de tocas, se mostraba en los umbrales y huía incontinenti dando voces, escandalizada de lo que habían visto sus traidores ojos. «¡Yo te lo había dicho!, dijo D. Quijote. ¿A qué me traes aquí esa dueña, guardacoimas sin honor? ¿Me haces desnudar á traición para ponerme en presencia de una mujer, la cual, por humilde y entrada en edad que sea, es hija de Eva en todo caso? ¿Qué noticia va á difundir por el castillo sino que me ha visto de los pies á la cabeza? — No dirá que hale visto á vuesa merced como le parió su madre, Sr. D. Quijote; pues no habrá vuesa merced nacido con jubón de camusa, ó yo sé poco. — De tus obligaciones sabes poco, respondió D. Quijote; de mentir y bellaquear sabes más de lo que piensas. Ande vuesa merced, señor Panza, con esos gregüescos, ó juro por quien soy que la fortuna le ha de correr mal hoy día. — Iglesia me llamo,» repuso el escudero dándose prisa, cuando se oyó hacia el patio el pregón de los farautes:

«Afuera, afuera, afuera,  
Aparta, aparta, aparta,  
Que entra el valeroso Merlo,  
Cuadrillero de unas cañas.»



D. Quijote, echando mano por su lanza, se disparó en uno como furor guerrero, mientras Sancho le gritaba: «¿Adónde va vuesa merced de ese modo, Sr. D. Quijote? Mire que allí hay señoras que no gustarán de verle medio cuerpo en cueros.» Advirtiéndolo D. Quijote, y volviéndose confuso, arrancó sus calzas de manos de Sancho, quien por dicha había acabado de reparar la lesión de esa elegante pieza. «¡Cómo en estos conflictos me pones, desleal escudero!, dijo. Los campeadores van á pensar que me doy largas; y aún han de decir que elpreciado D. Quijote se hace el enfermo cuando se le espera en la estacada. — No hay que morir, Sr. D. Quijote: como vuesa merced llegue á tiempo, ya verán por allí quién es mi amo. Si se cumplen mis deseos, no ha de quedar vivo uno solo de todos esos palafrenes. Abeja y oveja y parte en la egreja quiere para su hijo la vieja. — El diablo es de intrincado tu refrán, dijo D. Quijote: no me los echés tan escabrosos, y menos en ocasiones tan peliagudas como ésta. No hay abejas ni ovejas, ni yo mato palafrenes, lego incapaz de todo aprendizaje. Esos á quienes voy á retar, acometer, vencer y rendir, no son palafrenes, sino paladines, como alguna vez me has oído. Tu memoria es un ruin depósito de ideas; los vocablos salen molidos y descuartizados, pervertidos y enmascarados por tu boca. Palafrén se llama el caballo manso, pero bueno; tranquilo, pero airoso, de montar damas y princezas: paladín es el caballero probado en la batalla. Conque mira si voy á matar palafrenes ó paladines.» Vestíase y armábase el caballero al mismo tiempo que hablaba de este modo, y cuando estaba bregando con cierta hebilla traidora de sus escarcelas, el faraute repetía en el palenque:

«Afuera, afuera, afuera,  
Aparta, aparta, aparta,  
Que entra el valeroso Merlo,  
Cuadrillero de unas cañas.»



## CAPITULO XL

DONDE SE DA CUENTA DEL FAMOSO TORNEO DEL CASTILLO

Cubierto de sus armas se echó afuera D. Quijote, mandando á su escudero ensillar sobre la marcha á Rocinante. Una vez á caballo el valeroso manchego, se le vió comparecer en la liza, alto el morrión, calada la visera, gentil y denodado como el doncel de D. Enrique el Doliente. Hallábanse ya los justadores en la arena, y el rey de armas les repartía el sol y el campo, divididos en dos cuadrillas, todos á cara descubierta. «Quien quiera que seáis, caballero, dijo el juez del torneo á D. Quijote, obligado estáis á descubrirnos, porque tal es la condición de la batalla. — Soy contento de ese capítulo,» respondió D. Quijote; y alzando el encaje puso de manifiesto su rostro largo y enjuto, con aquel su bigote sublime que consistía en ocho pelos de más que mediana longitud. Echó en torno suyo una mirada soberana y fué reconociendo sucesivamente á los campeadores. El primero que se le ofreció á la vista fué Gaudencio Calderara Musolungo, caballero milanés, montado en un soberbio alazán que con ojos sanguíneos y feroces estaba pidiendo entrar en combate. Vestía este caballero calzas atacadas, jaqueta de grana sobre el jubón, ostentando en las vueltas un camisón de bordados primorosos. De su cinto pendía una larga vaina de metal blanco, que chacoloteaba contra el estribo en sonoros, marciales golpecitos. Mostrósele en seguida Jacques de Lalain, uno de los



máspreciados justadores franceses; y luego el máspreciado de todos, Beltrán Claquin, Guesclin ó Duguesclin, que todo es uno. Gobierna éste un bridón castaño obscuro, de canilla negra y ancho casco, crin revuelta en pomposo desorden, cola prendida en el anca á modo de penacho, atusada militarmente; jaquimón, petral y grupera de grandísimo precio por las chapetas de oro con que están taraceados. El broquel del Sr. Duguesclin trae empresa y mote, cual conviene á los caballeros provechosos, con las armas de Francia, pues el dicho caballero representa á esta nación en el torneo. Sobre su calzacalzon de raja se descuelgan las faldas de la loriga, cuyas láminas están despidiendo mil diminutas centellas, según que varían de viso con los movimientos del belicoso caballo.

Vió luego al inglés Jeremías Oberbory, rígido caballero que manifiesta su adustez, bien así en la persona propia como en la montura, sin más adornos que los de la sencilla naturaleza, la cual enamora de suyo y prevalece cuando es fuerte y grandiosa.

Reconoció después á los alemanes Boukebourgo y Exterteine; á los españoles Alfarán de Vivero y Mosén Diego de Valera; al portugués Late Jiménez de Oporto, gran señor que llena la plaza con su entono, haciendo quiebros sobre un cuatralbo hermoso. Las armas de este lusitano son sinoples, sinople igualmente su vestido, sin más que una pluma azul en el capacete á modo de graciosa disonancia.

Ofrecióse luego á la vista de D. Quijote Juan de Merlo, caballero en un corcel de mediana alzada, no muy gordo, negro como la cola de armiño, cuyos ojos despiden llamas. Este paladín se encontró de vista con el de la Mancha, y al ojo se concertaron los dos para combatirse.

Vió en seguida un moro á la jineta, arrogante por demás en su apostura, que todo lo miraba como señor natural de vidas y haciendas. Es el rey Gradaso, quien trae á Durindana colgando de un talabarte de cuero de lobo marino. El soberbio pisador de este pagano es blanco: sus ancas desaparecen bajo una gualdrapa carmesí, paramentada de argentería morisca, y gruesas

borlas de entorchados de plata bajan hasta los corvejones. El jinete lleva sobre los hombros un capellar sujeto al cuello con un gafetón de oro, y está sofrenando á la continua á su fogoso animal que solicita la batalla con grandes manotadas que da en el suelo, resoplando belicosamente.

El barón Ornobasso de Caprino hace armas con nombre de «El caballero de las Tinieblas:» dos alas negras, abiertas sobre el escudo de fondo azul con veros blancos, son la empresa. El mote: *Muor mentre se lieto.*

Timoteo Ghirlandayo Montelupo tiene parte en la jornada bajo el nombre de «El caballero de la Esperanza.» Verdes son sus armas; la empresa de su escudo, un árbol con gruesos pomos amarillos; al pie del árbol, una zorra que está mirando hacia arriba. El mote dice: *Eh, quando sia quel giorno!*

Francesco Eremitano Pietrasanta, alboloñés de pro, monta un caballo árabe, cuyo cuello está erguido como el de la jirafa. Nació este noble bruto en los campos tartéseos de una yegua de esas que conciben del céfiro y dan hijos veloces como el viento. Francesco Eremitano Pietrasanta se denomina «El caballero del Triunfo.» Sus armas son gules: su broquel tiene por empresa un león que está sesteando á la sombra de una palma; el mote reza: *Sodi tu che vinci.*

Entre los caballeros franceses reconoció además D. Quijote á Jacques de Xalán. Las armas de este paladín son jaldes como las de Laucareo, esto es, amarillas, el color de los celos y la desconfianza: la empresa, una ninfa de dos caras: el mote: *Bien fol est qui s'y fie.*

Alfarán de Vivero y Mosén Diego de Valera montan cada uno un gran tordillo cuyo pecho tiembla cual provocativa cuajada. La cerviz forma un arco robusto; la crin, repartida en dos mitades, cae á un lado y otro, larga y abundosa; las manos son negras hasta las rodillas; el casco, limpio, ancho; la cola, crespada, larga hasta la tierra. Los dos españoles hacen armas con una misma empresa, dos gemelos unidos por un vínculo de oro. El mote es: *Honni soit qui mal y pense.*



Otros señores había en el palenque, pero D. Quijote no se detuvo á mirarlos, satisfecho de tales adversarios cuales había visto uno por uno. El rey de armas y los mariscales dividieron los bandos, mantenedores aquí, aventureros allí, arrostrados con silencioso denuedo hasta cuando se oyese la señal de acometer. La señora doña Engracia de Borja y D. Prudencio Santiváñez habían hecho lo posible por evitar semejante juego; pero don Alejo y sus amigos se empestillaron en que se había de llevar adelante la demostración guerrera, y no hubo forma de cambiar el reporte con otro menos peligroso. Cuando D. Alejo de Mayorga quería una cosa, la quería fuertemente, como Marco Bruto. Sus pretensiones se mostraban á sus padres ó sus tíos con ruegos y caricias, pero ruegos y caricias de consistencia tal, que no dejaban resquicio á la contradicción. Doña Engracia había propuesto se dispusiese un sarao en vez del torneo: su sobrino resolvió el sarao tras el torneo. No hallando modo la señora de frustrar ese temible alarde, puso á lo menos el artículo de que ninguno de los justadores había de usar de sus armas propias, sino de las que ella les proporcionara. Mandó, pues, hacer unos rejonos que sirviesen de lanzas, y aun esos con zapatilla, á fin de evitar el derramamiento de sangre. Las señoritas tomaron sobre sí el adorno de las armas, y las adornaron efectivamente con cintas de colores varios, distinguiéndose cada una según la solicitud de su corazón y la osadía de su voluntad. Hallábanse todas en un tablado construído al propósito, y á cual más puesta en orden, servían de estímulo al valor de los combatientes.

«Caballero, dijo el rey de armas, llegándose á D. Quijote; no es de buena caballería servirse de armas superiores á las del enemigo: tenido sois de arrimar la vuestra lanza formidable y proveeros de una igual en un todo á la de los otros campeadores. — Así es la verdad, respondió el hidalgo: no se dirá que D. Quijote de la Mancha salió con la victoria merced á la superioridad de las armas. Rugero echó en un pozo el escudo encantado que le había servido para vencer á tres andantes; no usaré yo, por tanto, de esta mi buena lanza. A ver acá la que se me destina,

que para el buen campeador todas son unas.» Y tomando el rejoncillo que se le presentaba, lo requirió despacio, y dijo: «Por mi vida, caballeros, gran ridiculez y mengua será que tales hombres cuales aquí nos vemos depongamos nuestras armas por estos bolillos de vieja. Echadme acá una almohadilla de salvado por escudo, y las gafas verdes para complemento de la armadura. ¿Vamos á correr sortija ó á dar una batalla?»

— Para el buen paladín toda arma es buena, respondió el rey Gradaso. Yo juro por Mahoma y su alfanje de dos hojas llamado Sufagar, envasaros con este que llamáis bolillo de vieja, de tal suerte, que entrándoos él por los espacios intercostales, os salga media vara por las espaldillas.

— Passa il ferro crudel tra costa e costa,  
É fuor pel tergo un palmo esce di netto,

dijo Michele Papadópoli, señor de la Punta de La Motta, y añadió: Yo hago el mesmo juramento, con la adehala de sacarle uno de sus riñones en la punta de mi bolillo. — A mí me bastará un mondadientes para sacaros todos los vuestros, respondió don Quijote. No gastemos prosa y vengamos á las manos, si no sois malos y falsos caballeros.»

Aventóse el rey Gradaso sobre D. Quijote, diciendo en alta voz: «¡Don follón y mal nacido, pagar heis con la vida esta insolencia!» Juan de Merlo se interpuso y dijo: «Nadie sea osado á usurparme lo que á mí solo me pertenece y atañe: tengo ofrecida al diablo el alma de D. Quijote, y mi promesa he de cumplir aunque huya él y se esconda en las rendijas del infierno.

— ¡Deteneos, paladines!, gritó Brandabrand, tirándose adelante. Desde muy antes de ahora me debe la vida este caballero, que se la vengo perdonando diariamente por pura conmisericordia. Mas llegado es su día y acaban todas las cosas para él, que ya es demasiado compadecer á tan mortal enemigo.

— Eso sería donde no estuviese Duguesclin, dijo éste abalanzándose á la lid. De fuero se me debe la batalla, pues nada más corriente que el restaurador de la caballería francesa las haya



con el de la española. Os intimo, caballeros, que os hagáis atrás, dejándome barba á barba con tan poderoso contrario. — En buena hora sean venidos todos éstos, dijo D. Quijote, á quienes, si no fuera amenguar mi acción y aplebeyar la victoria, llamaría de cobardes y alevosos.

— Yo solo he de castigar este desaguisado, dijo Late Jiménez de Oporto, echándose al centro de esa belicosa muchedumbre. No estoy hecho á sufrir semejantes alusiones, y así me hieren los insultos comunes como los personales. ¡Oh, mi señora Rosinuña de Lisboa, agora me amparad y me acorred y me creced el corazón, para que yo saque á la luz del mundo la sandez y el atrevimiento del que no reconociere y confesare la supremacía de la vuestra ferrosura! Mirad por vos, mal caballero, ó sois muerto sin confesión.

— Vos sois quien la necesita,» respondió el manchego, y abrió la batalla con un tajo tan desmedido, que si el arma fuera un alfanje, allí quedara el portugués para la huesa. En esta sazón los farautes soltaron las bridas y gritaron: «¡Legeres aller, legeres aller, é fair son deber!» Y rompiendo las trompetas en una entonación guerrera, principió esa escaramuza, que no le fuera en zaga á las más famosas de los tiempos caballerescos. Hacía mucho que D. Quijote de la Mancha tenía olvidado que todo era puro simulacro, y se andaba por ahí en medio de la folga repartiendo golpes á Dios y á la ventura, con tal ardimiento, que iba sacando de sus quicios á los mantenedores, los cuales principiaban á volver palo por palo, y muy de veras. «¿Dónde está ese rey Gradalso?, decía; y vos, hermano Papadópoli, ¿por qué os metís entre los vuestros? ¡Mostrad la cara, Juan de Merlo, vencedor en tantas justas!» Y menudeaba fendientes y reveses tan bien asentados, que más de cuatro paladines tenían ya sus burujones en la cabeza, á pesar del yelmo, si bien éste era de la propia fábrica y hechura del de D. Quijote. Los más estropeados, que eran Late Jiménez de Oporto, Juan de Merlo, el rey Gradaso y Michele Papadópoli, empezaron á mostrar su cólera, arremetiendo y parando con enojo manifiesto. El juez del tor-

neo vió que la cosa olía á chamusquina, saltó al palenque, y echando el bastón á la arena, declaró concluída la batalla. Como en D. Quijote nada podía más que los usos y reglas caballerescos, fué el primero en contenerse. Bien quisieran los otros asentarle algunos porrazos de adición; pero como ya él no mostraba acometer, todo golpe hubiera sido caer en mal caso y en una nueva cólera suya. Paráronse los campeadores sofrenando á los corceles que bailaban cubiertos de espuma en un bélico jadedar muy del gusto de D. Quijote, quien tenía por suya la victoria. Es evidente, por lo menos, que ese día repartió muy buenos palos, llevando también algunos de primera clase. Apeados todos y retraídos en sus aposentos á descansar y curarse los chichones, doña Engracia envió á nuestro caballero una chaquetilla de terciopelo verde con briscados de seda y una escarcha de plata muy bien distribuída. No regocijó tanto al noble manchego esta fineza, cuanto el presente que después le trajo una doncella cuyo embozo dejaba ver apenas la pupila rutilante. Era el obsequio un pañuelo no más grande que un lavabo, con bordaduras, en medio de las cuales se estaba exhibiendo un corazón herido de una flecha. Al pie de este hermoso emblema, en caracteres rojos, el nombre de su dueña: «Secundina.» Tuvo el trapo don Quijote por pañuelo de finísima batista, y llevado del agradecimiento buscó en la faltriquera una onza de oro con qué regalar á la joven Quintañoña; pero ni él la halló, porque no la había guardado, ni la muchacha diera tiempo, según huyó veloz por esos corredores. «Mira si nos quieren bien, Sanchito, dijo á su escudero, y si nos envían corazones heridos de saetas.» Sancho Panza admiró escandalosamente la buena fortuna de su amo, y le enteró de que el castillo estaba rebosando en sus alabanzas.